

Carlos Monsiváis, el periodista

Luis Hernández Navarro*

Monsiváis fue un hombre al que la pobreza ajena le provocó una enorme culpa a lo largo de su vida y marcó su quehacer. Fue un intelectual de izquierda. Así se definió a sí mismo en múltiples ocasiones. Fue un crítico cultural que, desde fuera de la academia, mostró preocupación por los problemas de la sociedad y el mundo a partir de valores como la justicia social, la solidaridad y la lucha contra las desigualdades. Lo hizo con lucidez, rigor, buen humor y creatividad; con justicia en sus juicios y un compromiso práctico para mejorar la sociedad. Estudiar, debatir y difundir su obra son tareas centrales para quienes creemos que es necesario transformar sustantivamente este país y construir un nuevo sentido común.

El asalto

Una noche de noviembre de 1997, Carlos Pascual Monsiváis Aceves, mejor conocido como Carlos Monsiváis, fue asaltado al llegar a su casa en la colonia Portales. Dos asaltantes lo encañonaron y lo llevaron a una calle solitaria para despojarlo de sus pertenencias. Allí lo abandonaron sin golpearlo.

Mientras deambulaba de regreso a su casa, muerto de terror, un taxista se detuvo y le ofreció llevarlo. No traigo dinero —le dijo el escritor—, me acaban de robar. Pero, ¿no es usted el sabio Monsiváis? —le preguntó el

chofer haciendo referencia al nombre con el que aparecía en la tira cómica Chanoc—. Temeroso y lleno de dudas, el escritor terminó aceptando el aventón del ruletero, quien no le cobró un solo centavo por la dejada.

En su momento, el cronista denunció el atraco en una carta publicada en un periódico. A pesar de ella, proliferaron en la opinión pública otras versiones distintas sobre el hurto. En una de ellas, Monsiváis iba a bordo de un taxi rumbo a su casa, cuando un desconocido se subió subrepticamente al vehículo y lo amagó con una pistola para quitarle su dinero. Sin embargo, cuando el ladrón descubrió quien era su víctima, se disculpó. “Maestro, no lo reconocimos, perdón”, le dijo. Y no sólo no lo robaron sino que lo condujeron gratuitamente hasta su residencia en la calle de San Simón.

Dramatizando el incidente, su amigo, el poeta Hugo Gutiérrez Vega, escribió: “Asaltar a Carlos Monsiváis en la Ciudad de México equivale al robo de una estatua de prócer del Paseo de la Reforma”.

Estatua de la Reforma o personaje de cómic, la historia de su asalto ejemplifica cómo su popularidad desbordaba con mucho las aulas universitarias, los auditorios de editoriales o los salones de artistas, ricos y famosos. Al reconocerlo en la calle, la multitud le deparaba trato de celebridad: lo tocaba y le pedía autógrafos y fotos, como si fuera un deportista o una estrella televisiva, aunque no por haber participado como actor en nueve películas y en la telenovela *Nada Personal*.

Cuando el 26 de marzo de 1988 Cuauhtémoc Cárdenas, entonces aspirante a la Presidencia de la República por el Frente Democrático Nacional,

* Investigador independiente y periodista de *La Jornada*.

fue a Ciudad Universitaria, Monsiváis fue reconocido y vitoreado por miles de jóvenes como si él fuera el candidato. Lo mismo sucedió el 6 de marzo de 2001 en Cuernavaca, con la Marcha del Color de la Tierra, organizada por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, donde fue recibido como una avanzada de los rebeldes. Lejos de ser situaciones excepcionales, lo sucedido en estos dos eventos era la regla. Con harta frecuencia, más que testigo, el escritor parecía ser la figura central de los acontecimientos.

Ya muy enfermo Monsiváis, Carlos Ortiz Tejeda —su amigo desde que en 1957 le dio a leer en el Café de las Américas un artículo suyo publicado en el *Zócalo* de Alfredo Kawachi Rama, titulado “Mucho auditorio para tan poca gelatina”, en el que, envuelto en la bandera nacional Ortiz Tejeda buscaba cobrarse la afrenta cometida por Elvis Presley contra nuestro país al declarar que prefería besar a tres negras que a una mexicana— recogió en un CD testimonios de entre dos y tres minutos sobre el escritor. En la grabación, que bien podría llamarse *Queremos tanto a Monsi*, lo mismo electricistas del SME que el organillero de la Portales y vecinos del escritor, cuentan lo que él representa para ellos, para sus luchas, para su vida cotidiana.

La relación de Carlos con su público pasó de la popularidad a la fama, el prestigio, el respeto y el reconocimiento. Su aceptación masiva, su condición de celebridad, la admiración por parte de la multitud, la consideración de sus cualidades intelectuales y éticas, la magnitud de las distinciones de que fue objeto por los ciudadanos de a pie, son un hecho muy poco común entre los integrantes de la República de la Letras.

Su forma de ser, influencia y estilo de crítica fueron tan profundos, que *monsivásiano* se convirtió en un adjetivo que describe juicios y opiniones ocurrentes, atinadas y llenas de ironía, pero que también identifica a un amplio club de fans o a un territorio imaginario de quienes se sienten identificados con su heterodoxia y con su peculiar aproximación a la cultura y la política.

Paradojas de la vida, para muy amplios sectores de la población el sabio Monsiváis, intelectual de intelectuales, nada tuvo que ver con la idea común que sobre ellos se tiene en amplias capas del país y que expresó el finado Rockdrigo González en su canción “Los intelectuales”: “En un extraño lugar retacado de nopales/había unos tipos extraños llamados intelectuales/se la pasaban leyendo para ser sabios y doctos/pues no querían seguir siendo vulgares tipos autóctonos [...] no sabías si eran marcianos, mexicanos o europeos/ ángeles, diablos o enanos, cardiacos o prometeos”.

Tantos honores no estuvieron exentos de inconvenientes. Algunos de ellos, dignos de su mito. Como la ocasión en la que el hijo de la periodista chiapaneca Marcelina Galindo Arce, una de las primeras mujeres en ser electas diputadas federales, lo acusó ante el Ministerio Público de haber chocado su automóvil, a pesar de que el cronista era incapaz de distinguir entre el clutch y el acelerador de un coche, y de que nunca manejó uno. O cuando el hijo de Pages Llergo lo acusó falsamente de consumir las más pesadas drogas, no obstante que durante años apenas bebió muy mesuradamente vodka para luego volverse prácticamente abstemio.

Carlos Pascual Monsiváis Aceves tuvo en vida dos actas de nacimiento. Una con su apellido paterno y otra, registrado como hijo natural, sin él. Como lo hicieron también Andrés Henestrosa o Francisco Toledo, escogió utilizar aquella que lo reconocía exclusivamente como descendiente de su madre.

Creció, como se sabe, discriminado por pertenecer a una minoría religiosa, mitad metodista y mitad cuáquera. Más adelante, ya en la Preparatoria I de San Ildefonso, ingresó a la Asociación de Jóvenes Esperanza de la Fraternidad (la juventud masónica), donde hizo amistad con personajes como Alfredo V. Bonfil, Raymundo Ramos y Pedro Vázquez Colmenares. Poco después, se sumó a las filas de la Juventud Comunista.

Curiosa ironía, con el paso de los años, el hijo ilegítimo, el protestante segregado, el juarista de logia, el militante de una disidencia política marginal, se transformó en el personaje de leyenda de la cultura nacional al que los taxistas llevaban gratis a su casa después de sufrir un asalto. Su metamorfosis de patito feo del barrio y la escuela a cisne de la cultura nacional, fue en mucho obra del periodismo. El personaje Carlos Monsiváis, querido y admirado por la multitud, se forjó a golpes de líneas ágata en revistas, suplementos culturales, periódicos y semanarios. En el periodismo estuvo la materia prima de la obra sobre la que estableció su magisterio.

El intelectual

Desde finales del siglo pasado vivimos una época en la que la influencia de los intelectuales en los asuntos públicos, tan importante en otras épocas, ha disminuido sensiblemente. Muchos de ellos se reciclaron transformándose en expertos y tecnócratas. Otros se han convertido en una especie de celebridades mediáticas a las que se ve en la televisión y se oye en la radio, pero no necesariamente se presta atención

a sus palabras y, menos aún, se respeta. Publicidad, información y entretenimiento se han vuelto, por obra y gracia de la televisión comercial, una sola cosa. Y, de la mano de ella, muchos intelectuales antaño críticos del poder son ahora sus comentaristas y aduladores.

A ellos, la prensa escrita que representa los intereses más conservadores les brinda amplia cobertura. Difunde sus opiniones y publica sus artículos. Sin embargo, quienes los escuchan son sus audiencias de siempre. Sus juicios y anatemas distan de normar criterios. A lo sumo alimentan prejuicios. Y, con frecuencia, provocan grandes enconos. Al metamorfosearse de esa manera, los intelectuales de la pantalla chica, convertidos en una estrella más del Canal de las Estrellas, se han ido devaluando.

El músico Frank Zappa, fallecido en 1993, acostumbraba decir que “la política es el departamento ‘Espectáculos’ de la industria”. Si resucitara en México y viera la relación que se ha trabado entre medios de comunicación electrónicos y elecciones, sin duda afirmaría que “la política es el nuevo departamento ‘Espectáculos’ de la industria... del entretenimiento”. La *mediocracia* ha emergido en la escena política nacional como un actor privilegiado que juega sus cartas a fondo en la definición de la agenda pública.

En una época de expertos, tecnócratas e intelectuales mediáticos como la que vivimos, ¿qué papel desempeñó un intelectual de izquierda capaz de opinar casi de todo, como Carlos Monsiváis?, ¿cómo intervino en la esfera pública?, ¿qué papel tuvo el periodismo en ella?, ¿qué espacio tienen sus ideas y su quehacer?, ¿qué puede recuperarse de su obra que tenga sentido para explicar lo que sucede hoy en día?

Pocos intelectuales entendieron tan bien la naturaleza de los cambios en curso entre la industria del entretenimiento, la cultura popular y la política institucional como lo hizo Carlos Monsiváis. Y tan lo comprendió, que supo cómo caminar con destreza y eficacia en sentido contrario a esta corriente. Su incorporación a los programas de opinión o a los comentarios editoriales de los telediarios no melló su espíritu crítico, pues conservó su filo crítico de siempre. La ironía de sus disquisiciones en la pantalla chica era el espejo invertido de los *sketches* políticos de los programas de variedades. Si *Las mangas del chaleco* eran la forma de burlarse de la clase política emparentando sus dichos con las series de variedad cómicas, los aforismos *monsivásianos* sobre los funcionarios públicos y sus partidos fueron la revancha de la lógica, el ridículo de las palabras dichas con la pretensión de apantallar y provocar asombro y reverencia confrontadas consigo mismas. Lejos de banalizarlo, su

incursión en la televisión le permitió llegar al gran público que, sabiendo de su existencia y su defensa de personajes como Juan Gabriel o Isela Vega, pudo escuchar a partir de ese momento sus puntos de vista.

A su manera, el cronista fue uno de últimos exponentes del modelo del intelectual público, nacido del *Yo acuso* (1898) de Émile Zola, a propósito del caso Dreyfus, símbolo de la iniquidad en nombre de la razón de Estado. Fue un pensador *universalista*, enciclopédico, prescriptivo y profético que no sólo ejerció su vocación artística sino que opinó sobre las cosas públicas de su tiempo.

Monsiváis fue un hombre al que la pobreza ajena le provocó una enorme culpa a lo largo de su vida y marcó su quehacer. Fue un intelectual de izquierda. Así se definió a sí mismo en múltiples ocasiones. Fue un crítico cultural que, desde fuera de la academia, mostró preocupación por los problemas de la sociedad y el mundo a partir de valores como la justicia social, la solidaridad y la lucha contra las desigualdades. Lo hizo con lucidez, rigor, buen humor y creatividad; con justicia en sus juicios y con un compromiso práctico para mejorar a la sociedad.

Pero no fue un intelectual de izquierda más. Carlos Monsiváis fue, indiscutiblemente, el más importante e influyente intelectual público de izquierda del país. Su primer impulso radical le vino de su fe sentimental en la República Española y el golpe de Estado contra Jacobo Árbenz en Guatemala, y su primera filiación ideológica estuvo concentrada en la Reforma liberal y en Benito Juárez. Para él, la izquierda debía oponerse a la desigualdad, el mayor problema del país; denunciar sin tregua la corrupción, sacar conclusiones del fracaso del socialismo real, ser antirracista a fondo y defender los intereses nacionales sin ser nacionalista. Apoyó los movimientos ecológicos, la lucha contra el sida, los derechos de los animales, los humanos, los de las minorías, la no privatización del petróleo.

Conciencia ética de una época en la que moral y política están más divorciadas que nunca, el escritor se asumió como ciudadano indignado ante el atropello de la razón, los derechos humanos y la laicidad. Desde una postura ética, fue crítico radical del poder.

Construyó puentes inéditos entre cultura y política. Su trabajo intelectual puso (como dijo él sobre Salvador Novo) lo marginal en el centro y, en una era de anomia social, hizo la crónica de la sociedad que se organiza. Explicó el levantamiento zapatista desde las claves de la discriminación racial contra los pueblos indios y la falta de reconocimiento a sus derechos como minoría étnica. Defendió la causa de las mujeres sin ambigüedad alguna. Denunció y documentó

los abusos en contra del mundo evangélico y protestante cometidos en el país. Reivindicó la laicidad y la educación pública. Se sumó a las luchas contra el autoritarismo estatal, en favor de la democracia y contra los fraudes electorales. Alejado del panfleto, criticó el neoliberalismo. Apoyó a Andrés Manuel López Obrador, pero no dudó en señalar sus objeciones al plantón en Reforma de 2006. Simultáneamente, fue opositor sistemático al régimen cubano. Nunca comulgó con el estalinismo. Le pareció inadmisibles cualquier forma de violencia política. Condenó al nacionalismo vasco de izquierda.

Soy culturalmente —se definió a sí mismo— una mezcla de marxismo, agnosticismo (hasta semanas antes de la muerte), cristianismo (hasta una semana después de la muerte), fe individualista y certezas socialistas. Como nunca fui marxista —le tuve miedo a tanta doctrina—, nunca me resultó convincente mi dogmatismo, y si de algo tengo que arrepentirme, es de no tener demasiado de qué arrepentirme en lo que a convicciones se refiere. Sostengo ahora, con los matices y reacomodos indispensables, lo mismo que sostenía hace 30 años.

Monsiváis pensó la cultura nacional desde las claves de la cultura popular y las tradiciones, alimentadas por la cultura universal. En una carta escrita desde Londres, en agosto de 1971, el escritor le contó a su amigo José Luis Martínez el proyecto al que sería fiel durante toda su vida: “Si no se establecen nuestras posibilidades de tradición, nuestras perspectivas históricas de cultura nacional, no se establecerán jamás nuestras formas culturales autónomas, originales. Si algo nos empobrece es el desdén a un pasado cuya evidente (y a veces falsa) pobreza podría enriquecernos vastamente”.

O como años después lo explicó en una entrevista a Miguel Ángel Quemaín: “Yo tengo la convicción de que en un cierto nivel mi única realidad tiene que ver con la mezcla de una cultura muy tradicional con una cultura moderna, con una revisión del nacionalismo desde fuera, el adoptar naturalmente una mentalidad internacional que es hoy la vigente sin problema, y que hace 30 o 35 años resultaba todavía impostada o singular”.

Carlos Monsiváis fue un intelectual que hizo del periodismo su principal instrumento de intervención en la vida pública. Convencido de que “la apuesta por la transformación política encuentra su mayor aliado en el campo de lo cultural, si no se da la batalla cultural se puede perder la

batalla política”, hizo del periodismo cultural su terreno de acción privilegiado.

Para el escritor el periodismo es el gran espacio de formación de público. Y, salvo excepciones notables (entre las que él ubicaba a Laura Esquivel y su *Agua para chocolate*), es el gran método de presentación y frecuentación de los escritores con los lectores, una raza no necesariamente abundante. Más aún, en una época en la que la industria editorial dista de tener cabal salud.

El periodista

Una tarde de marzo de 1988 se presentó el libro *Entrada libre: crónicas de una sociedad que se organiza*, de Carlos Monsiváis. Cerca de mil 500 personas llegaron a la librería El Sótano de la Ciudad de México para presenciar el ritual editorial y rendir homenaje al autor. Centenares de asistentes se quedaron sin entrar a la cafetería, ubicada en un primer piso. Gritando consignas, exigieron trasladar la sede de la presentación al estacionamiento: “¡Que baje! ¡Que baje! ¡Baja, Carlos, baja!”, vociferaban. Fueron escuchados. Adolfo Gilly tomó el micrófono e informó: “¡Ahora bajamos!”. Los comentaristas y el escritor se trasladaron hasta donde se congregaba la mayoría del público.

El libro fue presentado en la sede alterna ante miles de ojos que seguían atentos las palabras del autor. Hicieron acto de presencia allí integrantes del CEU, organizadores barriales, sindicalistas y lectores del cronista. Las luces del noticiero cultural del Canal 11 iluminaron el evento. Estaba fresca la memoria de los sismos de 1985 y soplaban fuerte el aire renovador de la campaña presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas. El texto sintetizaba puntualmente las expectativas de cambio que se vivían en esos días y la convicción del papel que la sociedad civil tenía en su promoción. Sus páginas resumían “el espíritu de la época”.

Ese libro, como todos sus otros libros, excepto dos que se ubican en el terreno de la ficción (o más precisamente del pastiche), es una muestra de lo que periodismo fue para Monsiváis: su modo de vida, su fuente principal de ingresos, su trabajo básico. La primera versión de muchas de las crónicas que integran sus obras fue el fruto del periodismo.

Ese es el caso del capítulo “Los apóstoles se cansaron de serlo”, de *Entrada Libre*, elaborado rehaciendo materiales publicados originalmente en *Proceso*. En su momento (febrero de 1986), los textos fueron clave para ayudar a romper el aislamiento del movimiento magisterial en plena ebullición. Le proporcionaron a la CNTE un espejo provisio-

nal para mirarse y para conservar viva su memoria. Durante aquellos días, centenares de revistas con las crónicas del escritor pasaron de mano en mano de los *pobresores*. Para los docentes, la lectura del semanario, antes reservada para los activistas, se convirtió en un fenómeno de masas. No importaba que no tuvieran dinero, los mentores oaxaqueños lo conseguían para comprar la revista. Y, después de horas de la lectura y del trajín de muchas manos, las pastas perdían su color a fuerza de sudores y dobleces, y la tinta de las páginas interiores parecía desvanecerse a golpe de tantas miradas.

Unos cuantos ejemplares sobrevivieron al trajín de aquellos meses y se encuentran guardados en la casa de maestros hoy jubilados, junto a la foto matrimonial o a los retratos familiares. Para quienes protagonizaron esa jornada de lucha, las crónicas de Monsiváis son el testimonio de su hazaña, una involuntaria medalla al mérito cívico y una especie de título primordial firmado por el gran notario de las epopeyas de la sociedad civil.

Esa noche de marzo de 1988 en la que se presentó *Entrada libre*, le contó a sus escuchas su papel como cronista de la resistencia de los que no se callaron durante 30 años. “La despolitización es la memoria histórica diluida de todos los que intentaron organizarse al margen de los poderes cerrados y la politización que intentan los movimientos sociales; es, se verbalice o no, el intento de recuperar esa memoria”, les dijo entonces.

Su fidelidad al periodismo nunca estuvo en duda. A lo largo de su vida, una y otra vez confesó su adscripción al oficio. En una de las mil odas improvisadas que le dedicó a la profesión, notificó que éste

Te permite contemplar la realidad como una interminable, profusa, múltiple telenovela y además novela. Te permite conocer a gente sensacional y también conocer políticos para equilibrar. Te ayuda a relacionarte con los múltiples niveles de una sociedad tan profundamente injusta como lo es la latinoamericana, y además te permite la práctica de la escritura en condiciones difíciles que suelen terminar en tu contra, pero en las que tienes oportunidad, en ocasiones, de intentar la literatura. Entonces al periodismo le estoy agradecido.

Fascinado desde su juventud por Upton Sinclair, llegó a la crónica gracias a él. El estadounidense dejó en el mexicano una huella que lo marcó de por vida. Más allá de las diferencias nacionales y de época, las similitudes entre

ambos escritores son notables. El autor de *La Jungla* nació en Estados Unidos en 1878 y murió 90 años más tarde. Escribió 92 libros y 29 panfletos. En 1947 ganó el premio Pulitzer. Promovió el movimiento en la literatura y el periodismo conocido como *muckrakers* (escarbadores de la basura), caracterizado por la producción de obras de fuerte crítica social. Se involucró en experimentos sociales, apoyó económicamente —y vivió— en cooperativas y promovió el consumo de comida sana. Socialista no marxista, fue, por encima de todas sus actividades políticas, una referencia ética.

No obstante la calidad de su obra, que nos recuerda lo cerca que se encuentran el buen periodismo y la literatura, sus escritos han sido relativamente olvidados. Entre otros muchos, uno de ellos es de enorme actualidad: *La ficha de bronce: la prostitución del periodismo*.

Upton Sinclair publicó con sus medios el libro en 1919, ya que no pudo encontrar una editorial comercial que lo hiciera. Durante los primeros 10 años imprimió 150 mil ejemplares. *The New York Times* se negó a que la obra fuera anunciada en sus páginas.

Según el autor, fue el libro más importante y peligroso que jamás escribió. Su tesis central, demostrada con múltiples ejemplos que nunca pudieron ser refutados, es que el periodismo estadounidense es una institución de clase que sirve a los ricos y menosprecia a los pobres. Allí desarrolla una analogía entre los periodistas y las prostitutas, analizando la agenda, ideología y políticas de las élites que poseen y controlan los medios de comunicación. Sostiene que la perversión de la prensa y la traición a la opinión pública no es casualidad, sino hechos deliberadamente planeados e instrumentados.

De acuerdo con Sinclair, el periodismo sigue esta simple y elemental regla: “si los huelguistas son violentos, los cables los registran; pero si los huelguistas no son violentos, se quedan fuera de los cables. Con este sencillo artificio se logra que las nueve décimas partes de las noticias telegráficas que se lean acerca de la huelga sean noticias de violencia, y, así se graba irrevocablemente en el cerebro la idea de la asociación entre ¡huelgas-violencia! violencia-huelgas”. Como puede verse, cualquier parecido con nuestra realidad es pura casualidad.

Monsiváis fijó en 1979 un programa de acción periodística en la misma dirección caminada por Upton Sinclair:

Hay —escribió— un nuevo país todavía incronicado e indocumentado, el México de masas y desempleo, de frustración

y esperanzas bajo la tierra. Revelar, entender, reportear este nuevo país es primordial para el periodismo escrito, televisivo, filmico, radiofónico, lo que exige e irá exigiendo el crecimiento de una prensa marginal y el aprovechamiento inteligente y crítico de los recursos de la prensa establecida.

A su manera, décadas después de Sinclair, el cronista escribió el equivalente mexicano de *La ficha de bronce* en su prólogo de *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*, y en *Tiempo de saber. Prensa y poder en México*, publicado al alimón con Julio Scherer García. En estos textos deambula por la historia nacional para mostrar descarnadamente el pecado original de la prensa en México: su relación ominosa con el poder. Una relación en la que la estulticia de los poderosos es maquillada por la mayoría de la prensa escrita. Una relación que no es nunca unidimensional y en la que se vive una tensión permanente entre mácula y salvación: “la prensa —dijo— es el espejo complaciente o, en el mejor de los casos, la pesadilla recurrente de los poderes”.

Aunque el narrador de los tiempos malos y los tiempos buenos practicó otros géneros —como el artículo de opinión, la entrevista y el reportaje de fondo—; fue, ante todo, un cronista o, si se quiere, un ensayista que utilizó la crónica como vehículo de comunicación. Sus escritos modificaron la forma de escribir en el periodismo mexicano y le dieron a la crónica renovada un lugar privilegiado.

A diferencia del Nuevo Periodismo estadounidense, usualmente no redactó en primera persona. Utilizó sus experiencias personales para ilustrar una situación, no para enfatizar el yo. El yo —explicaba en una entrevista— es imprescindible en todo aquel que escribe, pero si se vuelve un sobrentendido, si se trabaja hasta convertirla en el centro de la crónica, termina falsificando el sentido de la obra. Para algunos cronistas la primera persona es indispensable; para Monsiváis, no lo era. Por el contrario, trataba de ocultarse en lo posible tras el texto, y cuando introducía sus experiencias personales lo hacía porque el contexto le permitía hacerlas acomodables. Nunca creyó que la índole de la crónica que practicó fuera autobiográfica. Lo relevante era el tema de sus escritos, no quien los escribía.

El más famoso habitante de la Portales utilizó invariablemente la ironía para desnudar la tontería, el despropósito, la chusquería y la tiesa solemnidad de los poderosos y su habla. Aunque hay temas como el genocidio, la hambruna y el sida, ante los cuales no hay humor posible, si una gran causa no admite la ironía —acostumbraba decir— es que no es una gran causa. En palabras de Sergio Pitol, hizo de la

antisolemnidad una forma inusual de guerrilla política y moral. Contextualizó el acontecimiento. Su prosa está cargada de años de lecturas, de referencias eruditas, de imágenes cinematográficas que requieren un lector atento. Recurrió con frecuencia a la parodia y al contraste semántico que clarifica el corazón de lo que se quiere informar.

El antiguo personaje de Chanoc reconstruyó la crónica fundiéndola con el ensayo. Como él señaló: “La crónica puede ser un género de la solidaridad —a veces de la impotencia— que le permite a los lectores enterarse de lo que está pasando sin caer en la desesperanza”.

La crónica es, según señaló al recibir el Premio de la Feria Internacional de Libro de Guadalajara, “una expresión notable del deseo de narrar la cercanía, lo que es local, lo vulnerable y lo invulnerable de la prosa narrativa que describe lo carente de prestigio internacional [...]. Las crónicas le imprimen relevancia a la relación hoy volátil entre periodismo y literatura”.

Para él,

La crónica es descripción y es invención del mundo. En la medida en que su origen y su destino son las publicaciones periódicas, esa invención tiene que estar frenada por las necesidades descriptivas. Pero también en la medida en que es una elaboración de pretensiones literarias, la invención le es indispensable. En este sentido, la introspección, la adopción que el cronista hace del punto de vista de algunos de sus cronicados, tiene mucho que ver con la invención, con la creación de las psicologías que a los personajes les van conviniendo. Sin invención no hay crónica, pero sin descripción tampoco, y es en el equilibrio donde se verifica la condición literaria del género.

Sus escritos estaban precedidos de un arduo trabajo: buscar documentación, hacer consultas hemerográficas y bibliográficas, encontrar informantes y visitar lugares, le absorbían muchas horas. Sus crónicas le demandaban ser lo más preciso y minucioso posible, y cuando no lo era, advertir la imprecisión o la vaguedad del relato.

Dotado de un oído paródico, carente (según su propia confesión) de la minuciosidad de la escucha de Ricardo Garibay, podía transcribir la forma de expresarse de sus personajes, sus recursos, sus repeticiones, su sentido del humor o su don para el ridículo con la precisión que la parodia permite. Y, cuando el texto no admitía ese tono y exigía tener carácter fidedigno, lo rebajaba y pulía para ajustarlo a un criterio más naturalista.

Según escribió Juan Villoro, sus crónicas eran un simposio interrumpido por sucesos, la asamblea donde distintos oradores polemizaban para contar la historia. En los hechos, muestran la forma en la que las personalidades excepcionales se combinan con sociedades muy rutinarias y se vuelven la forma de ser ideal en cualquier sentido de esas sociedades rutinarias. Destilan “la nostalgia como memoria idealizadora o fragmentaria, montada sobre la necesidad de haber vivido épocas extraordinarias, a través de los momentos excepcionales y de los personajes irrepetibles”.

Avezado para escribir con facilidad una cuartilla en veinte minutos, era, sin embargo, incapaz de no revisarlo y corregirlo. No confiaba en ese producto. Necesitaba pulirlo hasta quedar más o menos satisfecho con el resultado final.

Dotado como todo mundo de un punto de vista político, escribió todas sus crónicas —salvo las del movimiento del 68— desde el oficio del cronista, no del compromiso del militante. Dueño de su lenguaje, nunca se sintió con la obligación de defender su periodismo de las acusaciones de sociología instantánea.

En una prensa donde frecuentemente se editorializa la noticia y se opta por escribir sobre el deber ser en lugar de narrar lo que es, las crónicas de Monsiváis recogieron y recrearon episodios significativos de una historia en construcción, y le devolvieron el habla a sus actores, rompiendo el monopolio de la voz de los intermediarios que beatifican o satanizan.

Sus obsesiones periodísticas tuvieron que ver con las multitudes, con la vida sexual, con la vida de las minorías, con la política como opresión o presunta liberación; pero también con lo que el momento va dictando. En sus crónicas hay un sentido de la oportunidad que tiene que ver tanto con las exigencias de las publicaciones como con las suyas propias, cuando descubre variantes, vetas, situaciones inesperadas o situaciones ya muy tradicionales que admiten otro punto de vista. Por temporadas, sus textos se sujetan a la rutina y por momentos se alimentan de la vivacidad social.

Sus escritos relataron historias del México de abajo. No es poca cosa. En un país en el que tantos intelectuales padecen de estatolatría, juzgan como existente sólo aquello organizado en relación con el Estado y no ven en la sociedad que se organiza el sujeto transformador; hacer visible la acción de los movimientos sociales, documentar las agresiones que sufren —como él hace—, es ya un hecho informativo de profunda significación.

Es una seña de identidad que le viene de su juventud. Monsiváis fue marcado a fuego por las luchas que a fines de la década de los cincuenta del siglo pasado protagonizaron el ferrocarrilero Demetrio Vallejo y el maestro de primaria Othón Salazar, al que conoció en 1958 por intermediación de Iván García Solís, después de un mitin en la SEP. Con Othón mantendrá una larga amistad hasta la muerte del profesor. Hasta el último momento intentó que la SEP le devolviera la plaza que le quitó como represalia por su participación en el MRM.

En sus textos marcó personalmente el discurso de clérigos, empresarios y políticos, y evidenció, sin concesión alguna, sus lapsus, extravagancias y dislates. Maestro en el arte de dar entrevistas, sus opiniones sobre los más distintos tópicos fueron referencia constante en el debate político y cultural del país. Su influencia y estilo de crítica calaron hondo.

Frente a un periodismo que —como él mismo señaló— se ha convertido en un quehacer de profesionales con nula experiencia literaria, y “ha convertido las páginas de los periódicos en conversaciones rápidas en un pasillo”, sus escritos, ágiles y analíticos, contextualizan el acontecimiento. Ajeno al hermetismo de la jerga académica, a las fuentes de la narrativa historiográfica, al aparato de los artículos científicos, inventó un lenguaje original y fecundo que terminó conquistando un espacio de legitimidad propio.

Pacifista gandhiano, creyente en las leyes, crítico demoledor de la derecha, Monsiváis le dijo la verdad al poder, al tiempo que daba fe de la persecución y el sufrimiento del México de abajo. El periodismo fue el instrumento mediante el cual ejerció la crítica social con lucidez y compromiso.

Sus fuentes, sus palabras

Si las llamadas telefónicas entre teléfonos fijos se cobraran por el tiempo aire de uso, Carlos Monsiváis habría tenido que pagar a Carlos Slim, dueño de la principal empresa de comunicaciones en México y uno de los hombres más ricos del mundo, recibos millonarios. Y es que, desde muy temprano en la mañana de cada día, el escritor de la colonia Portales pasaba horas hablando por teléfono. Dominado por un insaciable apetito informativo, alimentaba diariamente su adicción pegado al auricular. Desde allí recorría cada uno de los hilos de la telaraña comunicacional que tejió durante años con amigos, informantes y registros. Sin falta,

le llamaba a Carlos Ortiz Tejeda, a José María Pérez Gay, a Elena Poniatowska y a muchos otros más.

A pesar de ello, no tenía empacho en confesar que si algo mata la espiritualidad es el sonido del teléfono. En su práctica diaria, las largas conversaciones telefónicas estaban inevitablemente asociadas al chisme, guillotina de cualquier espiritualidad posible.

Monsiváis fue uno de los hombres mejor informados del país. Lector voraz, era asiduo visitante a distintos cafés cuando éstos parecían ser lugar en extinción, mucho antes de que vivieran su último *boom* a partir de la proliferación de los starbucks. Desaparecido el Café de las Américas, frecuentó la casa de té Auseba, y cuando ésta se convirtió en estética unisex, mudó sus tertulias a El Péndulo. Sin embargo, no despreciaba para sus reuniones los sanborns o las incursiones nocturnas a Los Guajolotes. Allí se reunía con sus comensales en maratónicas jornadas en las que se intercambiaban chismes, se hacían análisis de coyuntura y se expresaban lamentaciones por el estado siempre deplorable de la salud de la nación. Por supuesto, era el cronista quien narraba siempre las historias más precisas, inverosímiles y sorprendentes sobre personajes de la política y la cultura nacional.

Mordaz, dueño de un demoledor humor ácido, incansable narrador de anécdotas, el escritor era invitado permanente a cocteles y cenas. En ellas se convertía en un irresistible imán que atraía a su lado a la concurrencia, que inevitablemente estallaba en carcajadas ante sus demoledores comentarios o sus indiscretas revelaciones. Dotado de una memoria privilegiada, parecía conocer las estrofas de todas las canciones y poemas, los versículos de la Biblia y las secuencias de toda la filmografía nacional.

No deja de ser irónico que en esas cenas o comidas que se le ofrecían no probara alimentos o que degustara sólo los platos más humildes y sencillos de la “dieta T” (tacos, tostadas, tlacoyos, totopos). Despreocupado por su vestimenta, ajeno a la dictadura de la moda y los formalismos de la etiqueta, enemigo de la corbata, se dio el lujo de vestir como se le dio la gana. Incluso se ganó el derecho a entrar a los más finos restaurantes como quiso.

Monsiváis se reunía y conversaba con los más disím-bolos personajes de la farándula, la cultura, las artes y la política. Los escuchaba y debatía con ellos. Aunque detestaba a los trepadores sociales, los oía. No rehusaba reunirse con brókers informativos como Francisco Galindo Ochoa, cultivador de una parvada de plumíferos quienes, según Miguel Ángel Granados Chapa, tenían espacios en diversos

medios de comunicación serviles al poder gracias a sus recomendaciones.

Algunos de sus interlocutores pertenecían a las más altas esferas del poder. A petición de ellos, se entrevistó con José López Portillo en la Colina del Perro, con Javier García Paniagua y con Manuel el “Meme” Garza (artífice de mil y un alquimias priistas).

Sin embargo, detestó con toda su alma a Carlos Salinas de Gortari. Cuando en la boda del hijo de José Carreño Carlón se presentó el mandatario, Monsiváis se paró y se fue sin dar explicación alguna. Nunca le perdonó al expresidente que durante su sexenio fueran asesinados más de 300 militantes del PRD.

Este culto *monsivásiano* a la palabra se alimentó y forjó de tres fuentes principales: la lectura de la Biblia, la poesía y la oratoria.

Para el escritor, “en el principio (y en medio y en el final) era el Verbo”. Según él, el idioma, el lenguaje, son la prueba de la existencia de Dios. Como ha señalado Carlos Martínez García, la formación cultural del cronista se forjó a contravía del imaginario mayoritario en México. A lo largo de toda su obra está presente la Biblia, grabada en su ADN. Su traducción favorita fue la realizada por Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera, españoles perseguidos por la Inquisición en el siglo XVI.

El escritor subrayó el significado integrador que la Biblia tuvo en su entorno:

Entre nosotros —le dijo a Adela Salinas— la Biblia no sólo era el fundamento religioso, sino el lazo de unidad, de la razón de ser de la familia. Su papel era muy preciso, la fuente del conocimiento y del comportamiento. Para mi madre, la Biblia era el objeto del cual nunca se desprendía. Era feliz cuando daba clases de Escuela Dominical. Era bibliocéntrica, y con frecuencia en una discusión respondía con versículos [bíblicos]¹.

Monsiváis intentó escribir poemas en su juventud, pero (según él en un momento de lucidez) abandonó al poco tiempo la empresa. Fue, sin embargo, un fervoroso amante de la poesía. Su prodigiosa memoria está asociada a ella. Sus textos y su técnica enunciativa están atravesados de

¹ Adela Salinas. *Dios y los escritores mexicanos*. México: Editorial Nueva Imagen, 1997, p. 95.

principio a fin por poemas que anticipan sus ideas centrales, los enmarcan e ilustran.

El cronista ve en la poesía, compuesta para cantarse o rezarse, un pilar de todas las sociedades. Y en la tradición poética una herramienta sustancial tanto para conservar y alimentar las posibilidades expresivas del idioma, como para ilustrar un conocimiento en riesgo de perderse. Según él, en el caso de México: “La poesía es el espacio de compensación espiritual laica en un país mayoritariamente iletrado a fines del siglo XIX, y con un magro porcentaje del presupuesto federal destinado a educación”.

Monsiváis se formó en una época en la que periodismo, oratoria y política caminaban de la mano. Fue parte de una generación de grandes oradores como Fernando de la Oz, Manuel Rodríguez Lapuente, Hugo Gutiérrez Vega, Porfirio Muñoz Ledo y Raúl Carrancá y Rivas. Él mismo, en sus años mozos, fue campeón de oratoria. Hasta tiempos de Miguel de la Madrid y la llegada de los neoliberales al poder, las campañas políticas eran, inevitablemente, grandes torneos de oratoria. No fueron pocos los políticos que mostraron sus mejores credenciales, proclamando en encendidos discursos su amor a México.

La obra de Monsiváis fue también creación oral. Sus declaraciones, comentarios, aforismos, conferencias improvisadas, tenían como telón de fondo la cultura de la oratoria, de la que amamantó antes de que la política tecnocrática, los telepronteros y los medios de comunicación electrónicos la redujeran a la insignificancia. Una cultura en la que el manuscrito, la lectura y la misma oratoria estaban estrechamente imbricados.

Como lo ha señalado Juan Villoro: “su interés por los liberales del siglo XIX mexicano también tiene que ver con la combinación de periodismo y oratoria, la discusión que convierte a cada acto público en parte de la obra. La cultura como proselitismo *non-stop*”.

El camino a Santiago

Carlos Monsiváis se abrió paso profesionalmente en un medio caracterizado por Julio Scherer por la implementación de un “método” oficial que consistió “en ver cómo se compraba a un director, cómo se narcotizaban las conciencias de los reporteros, que parte de la base de que la noticia que no se publica no existe, para erradicar el mal crítico o el de la molestia de la prensa”.

Un medio dominado por figuras como las de Carlos Denegri, fundador de la columna política (o, para ser más

preciso, de la *calumnia política*), institucionalizador del chayote, a quien Salvador Novo pintó de cuerpo entero en su obra “Ocho columnas”. Un personaje que, según recuerda Eloy Garza González, guardaba en su despacho de Reforma 456 tres tarjeteros para respaldar sus escritos. En uno anotaba a los políticos de los que siempre hablaba; en otro a quienes nunca se refería, y en el último a los que eventualmente mencionaba. Cuando un colaborador le sugirió colorear los nombres de cada tarjetero, el periodista protestó: “No porque los que están en una categoría puedo ponerlos luego en otra, según el pago que me suelten”. Pero, también, era un medio en el que florecieron figuras como Mario Gill, Salvador Novo y, muy especialmente, José Revueltas.

Monsiváis hizo sus primeras incursiones en el mundo del periodismo desde las trincheras del periodismo cultural. Con los años tuvo las puertas abiertas para escribir, simultáneamente, en las más diversas publicaciones. Algo muy inusual en un entorno que demanda exclusividad.

El cronista fue parte de la segunda etapa de la revista *Medio Siglo*, que, aunque nació en la Facultad de Derecho, tuvo una vocación intelectual más amplia. Monsiváis publicó allí dos ensayos notables: uno sobre novela policial y otro sobre ciencia ficción.

La publicación dio nombre a una generación. No fue, en sentido estricto, una revista especializada en cuestiones jurídicas. Participaron en ella personajes como Carlos Fuentes, Porfirio Muñoz Ledo, Sergio Pitol, Víctor Flores Olea y Javier Wimer. En su orientación fue clave (según cuenta Víctor Flores Olea) la influencia de Mario de la Cueva, especialista en derecho del trabajo. Fue marcada por la emergencia de las revoluciones anticoloniales. Pensaban que la Revolución mexicana no sólo se había desvirtuado sino que se había traicionado.

Más adelante, varios participantes de *Medio Siglo* fundaron la revista *El Espectador*, que abordó temas como el de la represión al movimiento vallejista y el triunfo de la Revolución cubana, a la que dieron la importancia continental que tenía. Fue así como se relacionaron con Fernando Benítez. En ese momento sale también la revista *Política*.

El Espectador fue la propuesta de un grupo de jóvenes que, en su mayoría, habían coincidido en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, y que con los años resultarían ser todos personajes sobresalientes. Lo conformaban Víctor Flores Olea, Carlos Fuentes, Jaime García Terrés, Enrique González Pedrero, Francisco López Cámara y Luis Villoro.

La influencia de Monsiváis se hizo sentir en la formación en 1963 del grupo universitario Nueva Izquierda, en donde participaron estudiantes como Rolando Cordera, Daniel Molina y Ricardo Valero. Según Cordera, Carlos insistió mucho en la necesidad de recuperar el radicalismo americano proveniente del Ateneo de la Juventud.

Como ha documentado Rafael Barajas, un factor central en la entrada de Carlos a los círculos más selectos de la cultura nacional fue su amistad con Vicente Rojo. “En 1958 —escribe el Fisgón— Rojo ya tenía un lugar en los círculos culturales de la época y Monsiváis era apenas un universitario, aunque de inteligencia deslumbrante. Así, el diseñador pudo ser a la vez colega, amigo y mentor de ese muchacho precoz”.

Poco después, el sabio de la Portales se incorporó con Rojo y Fernando Benítez a la hechura de *México en la Cultura*. Y cuando el *Novedades* les cierra las puertas, él pasa a formar parte de las filas de “La Cultura en México”, suplemento de la revista *Siempre!*

A partir de marzo de 1972, Carlos dirigió “La Cultura en México”. En 1977, 15 años después de fundado, sus editores refrendaron “una vocación de origen: ni los varios relevos editoriales ni los cambios de modas, colaboraciones y cariños han apartado de ‘La Cultura en México’ aquella sana teoría inicial que se negó a separar la cultura de la política, la crítica de la convicción, el ejercicio intelectual del periodismo, la indignación del humor, la literatura de la sociedad”.

Y, casi un año más tarde, señalaban: “Tal vez no sea aventurado decir que algunas de las corrientes más renovadoras del actual periodismo mexicano tuvieron su origen en estas páginas”.

La lista de las publicaciones con las que Monsiváis colaboró, y en las que con frecuencia ejercía una influencia que vas más allá de sus escritos, es enorme. Entre ellas se encuentran *El Día*, *Excelsior*, *Unomásuno*, *La Jornada*, *El Universal*, *Proceso*, *Eros*, *Personas*, *Nexos*, *Letras Libres*, *Este País*, *El Cotidiano* y un largo etcétera.

Corte de caja

La influencia de Carlos Monsiváis en la cultura y el periodismo nacionales fue enorme. También ha sido perdurable: a seis años de su muerte, se sigue sintiendo su presencia. No estoy muy seguro de que Julio Scherer García haya estado en lo cierto cuando dijo que “Carlos Monsiváis tiene admiradores, no lectores”.

En una época de confusión y de desvergüenza política e intelectual como la que vivimos, Carlos Monsiváis fue

alguien al que se escuchó como guía. Lo fue, en primer lugar, por su indiscutible autoridad moral. Sus juicios tuvieron, con frecuencia, consecuencias políticas importantes. Las siguen teniendo.

Esa autoridad proviene de su enorme talento, de sus saberes, que van de los intrínsecos más complejos de la literatura hasta las costumbres de la cultura popular; de su deslumbrante inteligencia, que le permitía aplicar sus conocimientos a la solución de los más diversos problemas; de su probidad intelectual; de su coherencia, que le permitía seguir la máxima agustiniana de que el que no vive como piensa, corre el peligro de pensar como vive; de su capacidad para inspirar a la gente a hacer cosas.

Creo no exagerar si digo que procuró asegurarse de dejar atrás sus privilegios de clase y género. Que desplegó con brillantez una brillante resiliencia, sobreponiéndose a periodos de dolor emocional y situaciones adversas.

Es por eso que, más allá de sus indudables méritos, su obra y opiniones deben ser ponderadas con el mismo espíritu crítico que él desplegó. Por ejemplo, su capacidad para comprender y explicar los orígenes profundos de la inconformidad social fue, en ocasiones, amortiguada por un afán moralizador al juzgar ciertos movimientos. Se diría que, ante algunas protestas populares no convencionales, no estuvo lo suficientemente cerca de la máxima de Spinoza de comprender antes de reír o llorar. Nada de eso, por supuesto, minimiza su enorme estatura ética e intelectual ni, mucho menos, el ejercicio virtuoso del oficio de periodista.

En su precoz autobiografía confesó que había aceptado escribirla “con el mezquino fin de hacerme ver como una mezcla de Albert Camus y Ringo Starr”.

Interrogado sobre qué le había servido vivir 70 años, Monsiváis respondió: “El líder sindical Fidel Velázquez, al cumplir 80 y tantos años, afirmó: ‘Ya se me pasó la edad de morirme’. No soy tan aventurado, pero sé que ya se me pasó la edad de reflexionar provechosamente sobre siete décadas. Y sí, sí formulo un deseo: que esparzan mis cenizas en el Zócalo para presumir en el más acá o en el más allá de un funeral céntrico”. Y, aunque a final de cuentas sus cenizas no fueron esparcidas en el Zócalo, que el señor Mancera ha convertido en un gran *mall*, la nueva derecha quiere apropiarse de ellas. Hoy, su legado, el sentido de su producción y hasta su vida secreta están en disputa. Estudiar, debatir y difundir su obra son tareas centrales para quienes creemos que es necesario transformar sustantivamente este país y construir un nuevo sentido común.